
LA LEYENDA DEL "NIÑO." (1)

(A mi querido amigo e inolvidable jefe, el General
Rafael Eguía Lis).

Cuando hace dos meses, a raíz del segundo Re-llano, le escribía yo parodiando la frase del Bearnés: "hórquese usted mi general; la artillería ha vencido sin usted," me pareció mi frase un clamoreo de gloria, no por la batalla que nada decía en lo que respecta a la acción general que tuvieron los acontecimientos, sino porque a guisa de heraldo, anunciaba con hechos sucedidos la consecución de otros, que vendrían a fijar el lustre, a aquilatar la valía del arma aquí en México, donde el marasmo de una paz nefasta por sus desconfianzas, en usar del cañón, lo habían dejado enervado en su inutilidad o viviendo como héroe de la tragedia griega: adormido a la sombra de su lanza,—y que diría yo—parapetado en su saña contra el progreso.

Hubo necesidad de que otro, que como usted sintiera el culto nuevo de la actual artillería—el teniente coronel Rubio— tomara el mando, para que bajo su férula, en un haz de reflejos de fe, que transmitió a las mazas, esparciera en dón bélico, todo el ánimo de su entusiasmo, toda la intensidad de su acción heroica, que se tradujo en eficacia, en habilidad, en triunfos. Y como todo éxito amalgama a

(1) El presente artículo, es el mejor complemento de cuanto puede decirse en honra y prez de la artillería moderna mexicana, y en tal concepto, no hemos vacilado, contando con la venia de su distinguido autor, en incluirlo en este libro.

su historia algo de cuento, surgió la "Leyenda del Niño," que hoy corre de boca en boca y que a la curiosidad de la pregunta, cuando yo supe de ello, me contestó con hecho un gráfico y admirable: una plataforma, un cañón allí emplazado, un cobertizo detrás de él, el que guarece en parte a los sirvientes contra las inclemencias del tiempo.

Pero la novela corría, y yo le dí oídos; le llamaban al cañón el 'Niño,' quizá por lo pequeño; pues a la fantasía popular, soldados, buhoneros y mujeres les parecía pequeño, el St. Chamond, junto al enorme convoy de reparaciones y tal vez puesto en parangón con una gran grúa que también en una plataforma, destacaba su enorme corpulencia de fierro, y extendía su brazo como índice anunciador de un más allá: ¡Simbólico Norte a donde nos lleva el destino!

Por otra parte, eran tan delicados los cuidados que se le impartían al cañón, siempre aseado, envuelto en su cubierta y con su guardia de corps a la vera, arrullado su dormitar (porque nunca dormía, siempre estaba listo) por la charla pintoresca de los juanes, los tristes cantos de sus mujeres y como alegre nota de cuando en cuando, alguna libación de cerveza conque el oficial que lo manejaba distraía sus ocios. En las noches, en las alegres noches de campamento, cuando el toque de silencio no había aún fijado sus notas autoritarias al descanso obligatorio, la alegría le formaba cerco estrecho y muchos en su vehemente deseo de avanzar, le colgaron los milagros de puntería que oí repetir hasta el cansancio, y que después se trasportaron a las filas contrarias (los oroquistas), formándole el marco de su leyenda, y sancionando su quimérico obrar.

He aquí algunas de ellas: en Chihuahua, días después de haberle visto funcionar en Bachimba, me platicaba don Mariano, un español muy culto que conocí en la fonda, quien curioso como es natural serlo en época de guerra y platicando con algunos de los de las huestes de Orozco, escuchó las hazañas del "Niño," que ponían los pelos de punta. Contaban que, en un día de batalla, cabe los árbo

les de la Sierra protegidos por un crestón que parecía ceja negra en el enorme ojo que a la salida del valle finje el cañón de Bachimba, almorzaban los "muchachos" (así se llamaban unos a otros) y entre los platos que decían comer, a horcajadas sobre las peñas, vieron llover como un maná, nada apetitoso, pero muy oportuno (pues de comer se trataba) una verdadera granizada de plomo, que añadía don Mariano, les hizo saltar de la mesa, abandonar el almuerzo y buscar refugio en la carrera, desconfiados en lo absoluto del nuevo agregado al frugal menú, por el que en rigor se batían, pues ya sus jefes no les daban más que comida, y según contaban, no tenían sueldo; éste se los pagarían en Chihuahua con vales por zapatos de charol, relojes o latas de espárragos. Otro día (también arranca de la misma fuente de información), y según el que se los platicaba que era hombre de crédito muy sólido, alguien que antes de la revolución, le barría su tienda, y ya cuando la plática de que se trata (de potencia a potencia) era mayor rojista. ¡Todos estos señores comienzan por mayores en su horror de haber sido antes menores!!

Pues decía yo, le platicaba, que desempeñando el rojista, un servicio de explorador o escucha, advirtiéndolo por el enorme ruido que hacen los convoyes federales, que éstos se encontraban cerca del lugar de exploración, sin tiempo para retroceder, pues vislumbró el anteojo del "Niño" que lo acechaba, no tuvo más remedio que esconderse, y la Providencia o la casualidad—segunda mano de ésta,—le depararon una cueva auténtica; había en ella una sombra protectora, un hilo de agua que venía no se de qué venero o filtración oculta, y con el cansancio de la jornada, abrumado por un sopor que casi siempre ataca a las almas buenas—aun en trances tan fieros como éste—se durmió con su gente, arrullado por el sonoro eco del convoy que repercutía en el valle y bajo la apacible quietud de la cueva que quizás había cobijado amores bucólicos, cuando la

dulce paz porfiriana envolvía en su manto fecundo las hoy tristes soledades de Chihuahua.

Todo esto relataba o creyó oír mi interlocutor, pero volviendo al caso, nuestro hombre se durmió, quizás sin darse cuenta de la gran entereza que acusaba su acción, y también descuidado al servicio confiado a su alta pericia, y cuando despertó, pues creía soñar, la cueva se derrumbaba; sus hombres, impulsados por vértigo de acción dantesca, casi infernal, corrían de un lado para otro y un estrépito apocalíptico repercutía con sonoridades fúnebres. ¡Era el "Niño," el mentado "Niño," que con su ojo de telescopio los había descubierto a través de las paredes de la cueva, entre las fragosidades de la tierra, y que desde el valle en su posición de índice—que siempre marcaba el Norte, también a ellos se los señalaba con apremio, con el grato interés de un cariño que en ese momento sintieron por reflejo, pues confesaban que de haberlos querido matar el "Niño," le hubiera sido fácil, porque si dentro de la cueva les apuntó, ya fuera, huyendo con el desorden que engendra la sorpresa a haberlo querido, repetían, el "Niño" hubiera acabado con ellos tronchando así un florón de esperanzas de la revuelta, sacrificando quién sabe cuántas vidas justas, buenas, sin más pecado que amar la intensidad de la lucha y que aquí, en Chihuahua, por una herencia de sus ancestrales (no sé si serían los apaches o cualquiera otra tribu aborígen) la despertada regresión que invariablemente se opera en las especies, los había lanzado a la guerra!!

También la historia del "Niño" tenía páginas gratas, figulinas que encuadrarían en la "Guerra de Encajes."

La víspera de Bachimba, saludó a los contrarios con saludo galante; tres caravanas al estilo del Rey Sol; tres sonoridades de disparo anunciadores heráldicos del minuet infernal que habrían de bailar al día siguiente. Les agradecieron el saludo, y el mismo día, como pago de visita diplomática se los

devolvieron, y cuentan que en un trance estuvo el "Niño" de remedar como en Fontenoy a los guardias franceses, y decirles entonces a nuestro "Canet" perdido en el primer Rellano: tirad primero, señor hermano, que a la postre, cansado como estás, invalido porque tu Menagere Lavallo Basó no te ha sabido cuidar; quizás, sintiendo en tu heroica armazón de acero el liz infamante de la traición, tus disparos no harán blanco: los pocos proyectiles con que tratas de "epater" a los rústicos que te rodean, sin lograr el tiro concutente por falta de arreglo de la espoleta, harán fogata, no logrando como final, más que asustar a las liebres, que en la mañana de Bachimba corrían en tropel.....

Y el nuestro, el "Niño," seguirá bordando su leyenda zafia, engreído como muchacho malcriado, en medio de sus mayores: los otros St. Chamont, sus parientes los Canet, los morteros y de montaña Mondragón y toda la peonería artillesca que la forman los Rexers y las ametralladoras, las que también parecen cacarear en tu honor, redoblando su batir estruendoso que finge en momentos en que el espíritu se regocija con el triunfo, tamboril hueco con matices de una armonía siniestra....

Ya vé usted, mi general, cuán corta y que fantástica es "La Leyenda del Niño;" para mi sentir de artillero fracasado, no es mucho que se elogie al útil y tan poco se diga del que lo maneja. El alma en esta guerra de artillería que lo ha sido toda, la forma: en primer término, Rubio, que es el director; quisiera yo que contemplara en funciones su silueta de iluminado poseído en esos momentos, que por la heroica fiebre de la lucha, su cara de rasgos fuertes, hoy consumida por eternos desvelos de pensar y sentir, tiene puntos resaltantes, dos ojos que parecen carbunclos a la hora del combate, cuando desmascarados de los otros ojos,—sus anteojos tele-métricos—fija la distancia y da la primer deriva; después, el armónico rugir del cañón, cuando los proyectiles de sus baterías trazan en el espacio los arabescos de su fuego de ráfaga, una fruición, una dulce fruición le alegra el ánimo, y tranquilo, dulce, casi sonriente, parece dirigir un cotillón de muerte

con el acompañamiento obligado de bombones con que obsequia al contrario: plomo y metralla.

Los demás, las segundas partes, son los nuestros, los que eran de allá del regimiento de ligera, que vanidosos con el mote de "salud y fibra" de que alardean, siguen la tradición y sienten con el alma de fortaleza inexpugnable a las debilidades, el fuego intenso del amor a la artillería que usted infiltró en su espíritu: conque los contagió con su carácter de fe en ella, y que el año pasado, en la otra revolución, les señaló usted el camino con el penacho heroico que marcó "Casas Grandes."

A todo señor todo honor; debía terminar así mi carta, pero como un final sensiblero que mi lirismo me dicta, lo conjuro a que venga usted por acá; la guerra no ha terminado aún, y usted podría continuar la ventura de "Casas Grandes."

Todo en Chihuahua invita a llevar la vida intensa para que está usted hecho; debe recordar bien la dureza de su suelo, el alto homenaje de sus montañas, su terrible calor, hecho como para forjar en fragua las musculosas naturaleza de estos fronterizos, y también debe usted recordar—a fuer de hombre galante,—el encanto de sus mujeres, quienes dulces, fuertes y bellas, como modeladas en gracia pagana, sienten y ostentan el heroico gesto de su amor a la libertad....

Mayor,

VICTOR MANUEL CORRAL.

¿QUIEN ES EL SEÑOR GENERAL VICTORIANO HUERTA?

No obstante que de la admirable campaña de la División del Norte, que en los anteriores capítulos hemos reseñado, se desprende la rigurosa conclusión de que quien la concibió y llevó a cabo con estricta sujeción a los principios de la moderna ciencia de la guerra, es un militar científico; no obstante que desde "Conejos" hasta "Bachimba" el General Huerta se revela como un estratega clarividente y genial, después de haberse revelado por la simple formación de sus legiones como un organizador de primer orden; no obstante que al comentar la batalla de Bachimba, expresamos lo que el General Huerta significa como eminente topógrafo y astrónomo, a pesar de todas esas evidencias, reproducimos en seguida parte de un artículo del talentoso periodista Lic. Francisco Pascual García, publicado en "El País" el pasado mes de Julio, y en el que resaltan, firmemente trazados ciertos rasgos de la interesantísima personalidad del vencedor de Rellano.

"En los momentos actuales la causa de la paz, es decir, de la sociedad, se vincula de manera muy íntima con la persona del señor General Huerta. Por eso, queremos, no precisamente salir a su defensa, que para esa no necesita de nosotros, sino rectificar de una manera general, las falsas especies que parte de la prensa de los Estados Unidos del Norte ha hecho circula-